

dudar de cuanto existe, de cuanto puede y debe existir. Flores ha sabido evitar esto y lo ha evitado; no ha querido formar entre esos poetas vulgares que escriben para impresionar señoritas de tantas al pliego, ni para excitar las revueltas mentes de muchachos que por vivir cuando vivimos, se creen hombres. Sus *Insomnios*, lo son verdaderamente; pero cuando la intranquilidad de su espíritu ahuyenta de sus ojos al hermano de la muerte, ni duda, ni maldice; se lamenta de su pesar, y resultan grandiosos sus trenos, sin que esto sea decir que Flores se parezca al bíblico profeta. El mismo lo dice en su composición *Mis sombras*:

¡Mirad mi corazón! le ha consumido  
Esta fiebre de amar nunca saciada.

y un corazón que se ha consumido en la sed más apetecible, siempre perfuma.

Como sólo ha sido nuestro objeto dar una idea de las relevantes condiciones del poeta, y llevados del entusiasmo que en nosotros ha logrado despertar, creemos habernos extendido mucho, limitaremos nuestro examen de esta parte á las composiciones *Mi padre muerto*, *Horas negras* y *Orgia*, pues si una á una las hubiéramos de repasar, sus méritos nos harían detener mucho.

El dolor de un hijo al perder su padre es tal, debe ser tal, que al presentirlo, el hielo corre por nuestras venas, paraliza los movimientos

nuestro cerebro y nuestra alma siente como que desde el infinito á que aspira, cae al lugar de donde por faltarle fuerza no volverá á levantarse. Cuando estamos seguros de que sólo podemos contar en el mundo con un corazón; cuando inocentes ó delincuentes podemos mirar á un sér, convencidos de hallar siempre su indulgencia; cuando sabemos que hay un alma que, aunque superior, acompasa su marcha á la nuestra y abrigamos la íntima convicción de que, aunque bien distantes nuestros sentimientos y los suyos, son gemelos; cuando recordamos que sin quejas, sin reconvenciones, sin que jamás sus deseos se entibien, hay un sér al que debemos la vida, que desde nuestro primer día viene sufriendo y realizando en nuestro favor sacrificios sin número ni nombre, y acude á nuestra mente el recuerdo de la ineludible cuanto fatal ley por la que en un día dejaremos de verle, de oírle, si no es que de nuestra alma evocamos tan sacratísimo recuerdo, no lo queremos; pero involuntariamente acude á nosotros la idea de que la muerte no es un bien, pues si la vida lo es, no se nos debía quitar, y si es un mal, no se debió dárnosla; y tal pensamos, porque es el padre para nosotros algo esencial de la vida, algo que nos induce á un más allá de donde estamos, algo digno de veneración conquistada con sus obras, nuestro pensamiento constante, el regulador de nuestras obras, que quedarán sin objeto al perderlo. Pensar que haya quien piense



de distinta manera nos asombra; jamás sobre la tierra, ni el amigo, ni la mujer, ni el hijo que tengamos, harán lo que él hizo; el amigo se cansa de nuestras penas que no comprende, la mujer rara vez se satisface, el hijo... hijos somos y jamás llegaremos por nuestro padre á donde ha llegado él por nosotros. Un día por desgracia comprenderemos esto mejor que hoy, y al sentirlo así no podemos menos de invocar con Flores al desventurado amante de Beatriz y exclamar con él:

Disperato dolor che'l cuor mi preme!

El vate mexicano puso al servicio de tan profundo sentir, su inmenso valer como poeta, y *Mi padre muerto*, es una sentida elegía donde brillan ideas tiernas que parecen lágrimas, dulces conceptos que semejan suspiros. Nada tan triste como las invocaciones por el llanto, nada tan sensible como la carencia de lágrimas en que nuestro corazón henchido por el pesar parece que se ahoga; y esto ha sabido decirlo Flores de tan magistral manera, que no podemos menos que transcribir la primera estrofa.

¡Gracias señor!.... Me has dado el llanto  
Y he llorado por fin..... gracias Dios mío.  
Un pobre corazón que sufre tanto,  
Un pobre corazón que está vacío  
De esperanza y de fe necesitaba,  
Para no reventar en mil pedazos,  
Reventar en el llanto que le ahogaba!....

Podríamos creer que decíamos bastante, añadiendo que en nada desmerece el resto de la composición del magnífico comienzo que dejamos citado; mas justo es que, aunque á la ligera, hagamos notar que en ella respira el poeta toda la grandeza de su alma, que hay en ella ideas que son el tormento de todos cuantos vivimos, por más que su resolución esté prescrita, por más que uno tras otro, mil y mil casos se vengan dando, como prueba inequívoca de la resignación que deberíamos tener, pero que no puede ser tenida. Aunque pueda parecer blasfemia, no lo es cuando el dolor enloquece, la brillante imprecación de Flores al decir:

¿Puede acaso morir quien dá la vida?  
¿De un mismo corazón puede una parte  
Caer en la tumba mientras otra existe?  
Y tú que nos ordenas adorarte  
Y padre y justo y bienhechor llamarte,  
Dios de inmensa bondad. . . tú lo quisiste.

Es triste, muy triste considerar la amargura que nos aguarda, el tormento que nos está reservado, y esto da lugar á que comprendamos de más perfecto modo la bien expresada angustia del poeta y á que lleguen á nuestra alma sus doloridos acentos, pues, verdadero y grande poeta, lleva el ánimo de sus lectores cuanto siente, y lo mismo activa la circulación con sus imágenes voluptuosas, que paraliza la sangre con sus penas, sus zozobras y sus martirios.



*Horas negras*, es el título de la segunda composición de esta parte que hemos de examinar, y horas negras como las del poeta pocos serán los que no las hayan tenido en la vida. Nada hay en el mundo moral que revele nuestra identidad de origen como los sentimientos; aspiramos al infinito, y todo lo bueno, lo grande y lo bello, constituye para el sér una aspiración, un ideal en pos del cual corre presuroso; mas plúgole á la sociedad ordenar las cosas de modo que esta aspiración, en muchos, por la clase á que pertenecen, fuera loco anhelo, y en otros cosa natural y corriente; quiso por su mal señalar á los elegidos, y para éstos todo es bueno, para los que no, reserva la decepción y el desengaño. Del santuario de la conciencia, en el que sólo se debe rendir culto al Dios uno y verdadero, hay quien hace el sacrílego templo donde se rinde culto al becerro dorado, por el que fueron rotas las sagradas tablas, y en los tiempos que alcanzamos, triste es decirlo, la mujer es su más fiel devota; podrá en lo externo dar culto á lo que más la naturaleza le prescribe; pero se muestra más sensible que á los suspiros, al crugir de la seda; más sensible que á las caricias de amante mano, al suave roce del terciopelo; y de aquí la prostitución del sentimiento, que frecuentemente la lleva á mentir amor á quien la adora, posesión pasiva á quien la compra.

El mirar tierno, suave de unos ojos brillantes y húmedos, la sonrisa de una boca imper-

ceptible, á no ser por las gracias que atesora, el pié que bien cabe en la corola de un nardo, el cuerpo que cimbra como el junco de la fuente, el acento tierno que embriaga, el cutis con más blancura que las hojas de la magnolia, y esa serie innumerable de atractivos, con que pródiga la naturaleza ha favorecido al sér que es en la sociedad nuestro complemento, le sirven para fascinarnos; pero sér perfecto sería, si compatible con ellos no le hubiera dado por mira las ambiciones pueriles, que satisfacen su caprichoso amor propio, la inconstancia más veces en el bien, que en el mal, y la veleidosidad que es su distintivo. Esto hace que pocos hombres sean los que más tarde ó más temprano no lamenten una decepción de aquello que más los animaba, de aquello en que más confianza tenían, pues para ciertos seres, el amor es á la vida lo que el sol á las flores, lo que el rocío á las plantas, lo que el movimiento al mar.

Hemos visto como Manuel María Flores se embriaga en el hermoso presente de la pasión de las pasiones, y fácil es comprender lo que sucederá en el triste pasado que le es más horrible, más doloroso, cuanto la causa que lo produce es de las que nunca pudo soñar su alma de poeta, que se ha conmovido hasta lo íntimo al experimentar el desengaño, y que en la violencia ha exclamado:

Escúchame mujer :

Tiembla mi labio

Sin poderte nombrar...¿Cuál es el nombre



Bastante infame, sí, para el agravio  
De pisotear el corazón de un hombre?

Una mujer que por gozar del lujo y las riquezas abandona al amante, en cuyos brazos le ha formado un paraíso, una mujer en quien el metal apaga el sentimiento, mujer que al retirar los labios deja una llaga, y cruza y pasa alta la cabeza, como si fuera natural lo que hizo, mujer que de los brazos del uno pasa á los del otro, haciéndonos sentir que ya en la vida tal recuerdo será el punzante aguijón que fijo en nuestra alma, nos martirizará hasta la muerte, no merece ciertamente la composición que Flores ha hecho: sin la responsabilidad criminal matarla, y ya que no esto, el profundo desprecio, el odio, el latigazo del ridículo, pero el sentimiento del vate no podía llegar á esto. Flores no pensó, sintió, y su composición *Horas negras*, es una de las páginas por la que más justamente merece los elogios que se le tributen. En *Horas negras* no se ve más que la tempestad; pero lo hermoso de ella, lo que da lugar á que en ella se reconozca á Dios, como Elías lo reconocía en el suave viente-cillo del desierto, es una composición donde el poeta mexicano comprueba que el que sabe querer como quiere él, cuando odia es implacable y terrible, pues cada uno de los versos de *Horas negras* es el candente hierro con que en la frente de la incógnita se imprime el estigma terrible de infame hasta lo sumo. La ana-

tomía al separar músculos, estudiar huesos y examinar vísceras, jamás puede llegar á comprender lo que sintió, pensó ó quiso aquel sér que fué, y que tiene bajo la tajante acción del escalpelo; la crítica ante una obra literaria, ve al hombre, comprende su sentir, y tras cada verso, tras cada frase, ve un movimiento del alma, escucha un latido del corazón, adivina un gesto, percibe un suspiro. En *Horas negras* el alma de Flores se hace transparente y se ve la ira en los versos,

Esta noche tu seno  
Que el oro compra y al placer se vende,  
Despojarás de las nupciales galas...  
Mientras que vela, de sonrojo lleno,  
Su faz el ángel del amor, y tiende  
De tí muy lejos con rubor sus alas.

La justificada amenaza en

Óyeme: no es amor esta tristeza.  
Brotan malezas de la peña rota;  
Rompiste el corazón, y la maleza  
Hoy de los odios en las quiebras brota.

Y así en toda ella vierte la hiel que su desengaño ha creado; la maldice, la execra, y prueba, como hemos dicho, que en boca de aquel á quien oímos

Bésame con el beso tu boca,  
Cariñosa mitad del alma mía,

está muy bien el

Acuérdate mujer... no te desprecio  
Porque no te perdono.



Complemento de esta composición citada es la *Orgia*, cuadro hermosísimo, donde en el bullicio del festín y las locuras del vino, procura el poeta olvidar el mal pasado. De la exaltación melancólica á la locura no hay más que un paso, y la verdad de este aserto está comprobada con el rápido y brusco cambio que en la musa de Flores se opera momentáneamente. Que la *Orgia* es hija del cruel desengaño porque vibra en *Horas negras*, lo prueba la siguiente estrofa:

¡El amor... el amor! ¡Ay! hubo un día  
En que su llama encandeció mi sér,  
En que se alzó dentro del alma mía,  
Rival del mismo Dios, una mujer.  
Y á Dios negué mi culto, mi creencia,  
Y ante ella—miserable!—me postré...  
.....  
Disfrazada de un ángel de inocencia  
Era una meretriz la que adoré...

En ella, como siempre, el poeta se manifiesta á la grande altura á que puede llegar por movimientos propios, y hay imágenes brillantes, giros armoniosos, frases escogidísimas, y bajo esto, tormentos, luchas, agitaciones, martirios que hacen vibrar su alma.

Sentimos con toda nuestra alma haber sido tan pesados y vamos á terminar. Creemos que es Manuel Flores uno de esos poetas que jamás morirán; sus composiciones lo harán vivir al través de los siglos; y si hoy en la vieja Europa aún no se le rinde todo el tributo que

merece, débese únicamente á que hasta hace muy poco tiempo el Gobierno mexicano no tuvo el feliz acuerdo de enviar á nuestra patria á un joven diplomático del claro talento del señor Peza, que tan fuertes lazos ha echado entre las dos naciones, gracias al conocimiento que nos ha hecho adquirir de la sobresaliente literatura mexicana, como Híjar y Haro había probado ya el considerable adelanto que en las ciencias ha conseguido México.

Las sobresalientes bellezas de Flores corren parejas con su perfecta originalidad; ni en las literaturas clásicas, ni en las literaturas modernas, puede decirse que hay un determinado autor que sea su modelo. Nació poeta, es espontáneo y castizo; muchas veces su propio brío le hace cometer incorrecciones que bien se le pueden dispensar en gracias á la brillantez de sus imágenes y á la belleza de sus ideas. El vate mexicano no tiene el ímpetu arrebatado de nuestro Espronceda, no hay en él la profunda melancolía de Musset, ni la sarcástica amargura de Heine, que es de quien más dista, á pesar del poco concienzudo afán de algunos, que ligeramente asientan que es con quien más similitud tiene. No cabe pensar siquiera en un paralelo entre Heine y Flores; no puede creerse que el primero sea un modelo que el segundo se haya propuesto; los términos son contrarios; hay entre ambos la diferencia que existe entre un día del caluroso estío, y un día de la plácida primavera: en los dos el sol bri-



lla, y la naturaleza muestra esplendente sus galas; pero el primero todo lo abrasa, todo lo seca; el segundo hace que todo viva, que todo florezca. Las cuerdas de la lira del poeta mexicano, al ser heridas producen sonidos que encantan; las del autor del *Intermezzo* responden á la pulsación con crugidos y se rompen.



Juan B. Híjar y Haro

**E**l espíritu religioso que excita nuestro sentimiento, elevando nuestra alma hasta las mismas gradas del trono de Dios, baja á la sombría cripta de los panteones, y nos ilumina en ellas; las imágenes incitantes que creamos al recordar bellezas de estos mundos y de otros que forjamos, crecen de cuerpo, toman más vivos tonos, y se destacan sobre fondos más brillantes aun en las tétricas ruinas de monumentos que de siglo en siglo acreditan lo efímero de las grandezas de esta vida, y la inspiración, don divino con que el cielo favorece á pocos elegidos, ha descendido más de una vez á lugares con que parece debía estar reñida. Al pensar en el poeta que ahora